



CENTRO ASTURIANO DE MADRID

Separata de la *Revista Asturias*

Nº 152. Madrid, 9 de junio de 2015

Edita e imprime: CENTRO ASTURIANO DE MADRID ©
ISSN 2254-7614 (versión impresa) ISSN 2255-1786 (versión electrónica)
D.L. M-5971-1986 (Separata)



De izqda. a dcha: Don Flores Chaviano, Don Valentín Martínez-Otero, Don Jesús Díaz Loyola y Don Miguel Ángel Alvelo

**Presentación del libro “CRÓNICAS DEL CARIBE”
de Jesús Díaz Loyola, editado por Stella Martis
21 de mayo de 2015**

PALABRAS INTRODUCTORIAS de **DON VALENTÍN MARTÍNEZ-OTERO PÉREZ** *Presidente del Centro Asturiano de Madrid*

Buenas tardes señoras y señores, bienvenidos todos al Centro Asturiano de Madrid. Hoy, una vez más, nos congrega la presentación de un libro. Aunque aquí organizamos muchas presentaciones de libros, entre otras actividades socioculturales, pocas veces el inicio es tan hermoso como el de hoy. Hemos tenido una introducción realmente bella gracias a la actuación musical del Maestro Flores Chaviano.

Es una satisfacción compartir con todos Vds. una nueva obra de cultura, hoy titulada *Crónicas del Caribe. La apasionante historia de un emigrante asturiano que fundó la radio en Cuba*, de Jesús Díaz Loyola, editado por Stella Maris. Muchas agradecemos la elección de esta Casa, la de todos Vds., para presentar el libro sobre un asturiano, un hombre nacido en 1891, “Manolín”, don Manuel Antonio Álvarez, considerado el padre de la radio en Cuba.

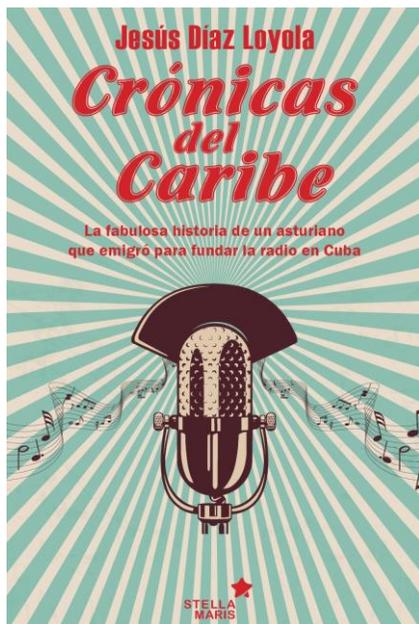
Quiero recordar que las Casas Regionales españolas, de las que este Centro es la más antigua de cuantas hay repartidas por el mundo, nacieron en el siglo XIX, la centuria migratoria por antonomasia en Europa. Entre 1850 y 1930, más de 50 millones de europeos emigraron a ultramar. Se trató de un flujo migratorio que contribuyó decisivamente al despliegue de los países de acogida, pero también al de las tierras de origen, si pensamos, por ejemplo, en las remesas o en las inversiones de los retornados.

La realidad migratoria hispana a ultramar fue especialmente intensa en las provincias de la cornisa cantábrica y en el archipiélago canario. Esta ruta migratoria a Iberoamérica se mantuvo desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta que aproximadamente en 1960 las dificultades económicas de estos países hermanos disminuyeron su atractivo.

De forma general, los asturianos llevaron consigo la *tierrina* que les vio nacer, pero también trajeron, cuando pudieron o regresaron, frutos de la hospitalaria tierra de acogida, sobre todo Cuba, México, Argentina...

Por ello, nos alegramos de que se presente hoy este libro, sobre un asturiano destacado. Felicitamos a su autor, Jesús Díaz Loyola, periodista, que conoció y convivió en Cuba con Manolín Álvarez. Mucho éxito con el libro. Y agradecemos también a Miguel Ángel Alvelo Céspedes, historiador, escritor, sus gestiones para hacer realidad este acto, así como su constante colaboración con nosotros. Hace pocos años ofreció una conferencia y también presentó aquí un libro sobre Fraga y Castro. Se da la circunstancia de que en fechas recientes ha sido nombrado Presidente de la Asociación de Cubanos Residentes en Madrid. Enhorabuena y mucha suerte. Según el protocolo establecido tiene la palabra el Sr. Alvelo, pero antes debo decir que el broche del acto lo pondrán, para disfrute de todos, la cantante Ana Valdés Miranda y el Maestro Flores Chaviano.

Muchas gracias



Portada del libro “Crónicas del Caribe”, de Jesús Díaz Loyola, editado por Stella Maris

PALABRAS DE DON MIGUEL ANGEL ALVELO CÉSPEDES

Hacia la Gran Antillas partirían 55.000 asturianos en medio siglo de la emigración- Entre octubre de 1899 y diciembre de 1902

EL CONTROL DE LA INMIGRACIÓN: LA ESTACIÓN DE CUARENTENA DEL TRISCORNIA.

La primera medida que se tomó en el ámbito de la inmigración, nada más puestas en vigor las leyes norteamericanas, fue la creación de la estación de cuarentena de Triscornia en la bahía habanera en 1900, a semejanza de la que funcionaba en la isla de Ellis a la entrada del puerto de Nueva York. Este lazareto, primera estación dolorosa en el calvario que se veían obligados a recorrer los inmigrantes, fue duramente criticado por la prensa y la opinión pública de los residentes españoles en Cuba, al menos en los primeros años de funcionamiento, debido a la humillación y a la pérdida de tiempo y dinero que según ellos suponía para los propios inmigrantes y para sus propios familiares o paisanos —dueños ellos del comercio y la industria cubanos—, y, sobre, ante la que ellos consideraban política migratoria antiespañola, puesta en marcha por los norteamericanos; como queda abundantemente reflejado en la prensa gallega de la Habana a principios de la etapa republicana:

El Eco de Galicia, ante las noticias de los abusos que se cometían con sus paisanos recién desembarcados, envió un colaborador a inspeccionar el campo de Triscornia en octubre de 1900, quien describía así lo que había visto en su visita de inspección:

Multitud de hombres que venían destinados para esta ciudad u otros puntos diferentes de la isla, pero que no podían salir de allí, porque no les dejaban (...), lo que causaba pena era que después se les tuviese allí recluidos como facinerosos, después de haber, cada uno de ellos pagado su viaje y llegar con la intención más sana para emplear sus actividades en bien de este país.

Triscornia, el campamento de inmigración instituido por el gobierno americano, no debe existir, no tiene razón de ser, no hay causas que lo justifiquen, dentro de los principios rigurosos de la moral y el derecho (...).

No es posible que donde flota el pabellón de la república, ostentando aquella frase que canta el amor entre los hombres; fraternidad, se creen y erijan templos para el tormento (...). Sufrir la emigración a estas Américas una serie de humillaciones que todo espíritu honrado detesta y condena, se la lleva al escenario de un teatro de miserias para representar en él los papeles que los antiguos esclavos despreciaban indignados.



Imagen del público escuchando la actuación de Chaviano

PALABRAS DE DON JESÚS DÍAZ LOYOLA

Vamos a viajar en el tiempo.

Estamos en 1917.

Un día fortuito del verano de aquel año, un asturiano, Manolín Álvarez, manipula aparatos raros diseñados por él mismo y emplazados en su propia casa de Céspedes, 7, en Caibarién, Puerto del Norte de Cuba.

Muy cerca, en uno de los edificios de los alrededores, hay una antena rústica ideada por el propio asturiano. En las instalaciones cercanas, los colaboradores de Manolín esperan ansiosos una señal inalámbrica en los receptores que él también ha construido.

¡De repente se oye un sonido emitiendo chirridos que representan la letra "S", transmitidas un momento antes por el mismo Álvarez. ¡Se ha realizado el milagro! Manolín, con 25 años, ha conquistado el éter. La radiotelefonía es un hecho en Cuba.

98 años después presentamos hoy, "*Crónicas del Caribe*".

Y narra Manolín: "Fue en ese instante que tuve la certidumbre de que había realizado el sueño de mi vida".

Ese día de 1917, se volvió célebre en Caibarién y en toda Cuba. Ese día llegó la radio".

Tengo hoy la doble satisfacción de honrar a un hombre, con quien además de compartir convivencia y pasión fue el Padre de la radio en Cuba y en Centroamérica: el emigrante asturiano Manuel Antonio Álvarez Álvarez.

Yo tenía 16 años cuando comenzaba mis andaduras por el periodismo, y tuve la suerte fortuita de conocer a Manolín, como cariñosamente le llamaban. Así comenzó una convivencia idílica entre él y la radio.

Me pasé años hurgando en la vida pródica de este asturiano, en todos sus afanes y las pasiones que le movieron.

Y no paré hasta que tuve un primer resultado: su historia sustentada en la Tesis de Grado «Manuel Álvarez: Génesis y fundamento del pionero de la radio en Cuba», con la cual me gradué de Periodista en 1990, en la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba.

A veces ocurre eso tantas veces dicho de que nadie es profeta en su tierra. Y por eso, ciertamente en España pocos conocen con exactitud la historia real de Manuel Álvarez. Solo entre algunos parientes de Carreño y Gijón, se sabe que fue un emigrado que en mil novecientos cinco, con trece años, cruzó el Atlántico y se fue a hacer Las Américas.

Manolín se pasó ochenta años en Cuba, pero hasta ahora, su vida no se había escrito en contundencia.

«Crónicas del Caribe» salda esa vieja deuda. Este libro es la esencia del testimonio de su vida, que yo he guardado durante casi tres décadas desde su muerte ocurrida en 1986.

Lejos de su pueblo asturiano, siendo muy joven, sobrevivió al hambre y a las dificultades de su tiempo. Nadie podrá contarle como él me lo contó: “He pasado hambre y mil calamidades..., y sin embargo, llegué” —me decía siempre.

A punto de zozobrar estuvo muchas veces, pero le acompañó la voluntad y el tesón siempre.

Vamos precisamente a escuchar a Manolín

(CD's imágenes-audio: voz Manolín)

Manolín fue el infatigable propulsor de la radio cuando aún el medio era un incipiente invento salido de las manos de Guillermo Marconi.

—“¿Cómo es posible que lo que se oye acá también se escuche allá?” Esa pregunta, se la hacían los cubanos de entonces cuando oían las primeras emisiones de radio de la mano de un asturiano. Por increíble que parezca, llegaron a acusarle de practicar brujería, y por eso a Manuel Álvarez, un día

de aquellos años que preludiaban la radio, se lo llevaron preso, porque decían que era brujo:

Y cito: página 85 del libro/fragmentos /

«Con la radio en mis manos paseaba por las calles, y cuando me veían venir, muchos se espantaban; las mujeres rehuían de mi presencia y corrían despavoridas.

Escuché las cosas que jamás habría imaginado: ¡Eso no se lo cree nadie! ¡Usted es brujo! De todo me decían...

Pero nada de eso, impidió que su avidez cegara nunca...

Este es el Manuel voluntarioso y tenaz que nos descubre este libro. Sus tiempos, fueron también los del gran auge cultural de la Cuba de principios de siglo. Allá, se relacionó con celebridades que pasaron por la isla como el poeta granadino Federico García Lorca; presenció de primera mano a la chilena Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura después. A ambos conoció y de sus presencias la radio de Álvarez fue testigo directo.

En realidad, Manolín se granjeaba afectos por todas partes y constató la grandeza de celebridades cubanas que entonces comenzaban a brillar: Manuel Corona, Sindo Garay, Rita Montaner; el mítico Ignacio Villa (Bola de Nieve), la mejicana Toña la Negra, y hasta el mismísimo Antonio Machín, todas fueron figuras cimera de una época y tuvieron vigencia en la radio de la primera hora.

De mis encuentros con Manolín en los años ochenta, guardo el testimonio del mundo interior que le rodeaba. Convivía entre antiguos micrófonos y magnetófonos. Conservaba de todo este hombre: desde bombillos y bobinas hasta aquellos primeros receptores de piedra de galena que diseñó y fabricó.

Emocionaba, sobre todo, como siendo ya un anciano golpeado por los años, y la destreza con que hurgaba en su papelería y manoseaba los

artilugios que fueron el soporte de su gran invención en Cuba. Siempre que Manolín hablaba, había alguna revelación en él.

Poco a poco, fui reuniendo los testimonios, y así fue como estructuré la vida de Manuel Álvarez; historia que he conservado durante años en un cúmulo de viejas cintas magnetofónicas y de copiosos manuscritos en agendas.

¿Y qué decir de su sensibilidad humana?

Manolín, era de una nobleza extraordinaria y nunca ocultaba su nostalgia. A toda hora, hablaba con resentimientos del terruño español, y a cada instante escudriñaba en los recuerdos de su pasado.

Tal vez, porque vivió siempre inmerso en su gran pasión: la radio, quiso el destino que este Manuel no regresara nunca a su tierra. Pero sólo él podría justificar todo el antagonismo increíble que le rodeó.

Esta biografía es el relato de la vida que llevó, desde que en 1905 se bajó en una Habana que ya era el centro comercial de medio mundo, los años duros que tuvo por delante, su vida de gloria en la radio después hasta la Cuba envilecida que dejó.

Desde 1982, en su primera casa cubana, reza una placa que lo justifica todo: “Desde este lugar en 1917, Manolín Álvarez transmitió las primeras señales de radio de Cuba”. Instituto Cubano de Radio y Televisión.

Todos hemos venido hoy aquí, animados por el sentimiento de añoranzas y recuerdos que el acto de emigrar provoca en cualquier parte. Todos llevamos dentro la vena de la emigración, porque todos, de algún modo, guardamos tras de sí la estampa imperecedera de existencias como la de Manuel Álvarez.

Junto a la particular emoción que hoy me asiste cuando ya es un hecho su vida narrada en «Crónicas del Caribe», no quiero terminar sin antes agradecer todo el interés concitado en el ámbito del centenario Centro

Asturiano de Madrid, a la editorial Stella Maris que dio luz al libro, así como a las gratas presencias que hoy nos acompañan,

De manera especial, a un hijo ilustre de aquel pueblo cubano de Caibarién: el maestro Flores Chaviano, que ha hecho por la música en España, lo que Manolín hizo en Cuba por la radio.

Con Chaviano y su voz siempre acompañante: Ana Valdés Miranda, terminamos este homenaje a un hombre y un legado, donde la entereza asturiana es ya una huella imborrable.

Muchas gracias.

(Audio Chaviano-Ana)



Un momento de la actuación de Ana Valdés y Flores Chaviano

Nota: El vídeo completo de este acto se puede ver en: <http://youtu.be/bppDY2MTlwQ>